



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10302

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 5 DE MARZO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura.

Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para panaderos, Norias especiales.

Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abacá y metálicos, vía férrea con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, correas, etcétera, etcétera.

Básculas y Cajas para caudales. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PÉREZ LURBE
12. CASTELLINI 12

Don José Baldasario.

El telégrafo nos ha hecho saber una triste nueva: el fallecimiento ocurrido ayer en Madrid, del Inspector general de Ingenieros de Caminos, Cauales y Puertos don José Baldasario, persona de gran reputación científica, cartagenero ilustre y amante del suelo que lo vio nacer, y amigo cariñoso cuyo recuerdo vivirá mucho tiempo en los corazones de cuantos le trataron.

Hace una semana anunció su venida a esta ciudad, donde debía pasar algunos años dedicado á trabajos profesionales; pero un quehacer le salió al camino y se lo eslorbó.... Después, la traidora pulmonía lo ha precipitado en el sepulcro, convirtiendo en definitiva la temporal suspensión del proyectado viaje.

¡Horrible burla del destino!

Horrible sí, porque el Sr. Baldasario debía salir ayer para su ciudad natal, a comenzar la realización de su más ardiente deseo y la muerte lo empuja por camino distinto, privando á la sociedad de un sabio y á éste de la merecida gloria.

A tres cosas ha dedicado casi la totalidad de su vida el Sr. Baldasario: A la construcción del varadero de Sta. Rosalía y del receptor del dique flotante, obras que le dieron gran renombre y que tuvo la satisfacción de ver terminadas, y admiradas por propios y extraños; á dotar á Cartagena de abundantes aguas potables, para lo cual hizo un estudio completo de la sierra de Carraseoy, estudio que aun está como él lo dejara, y á dotar el Arsenal de Cartagena de un dique capaz para cuantas necesidades reclaman los potentes barcos de las modernas marinas militares.

Esta última obra, sueño dorado del sabio ingeniero, iba á verla realizada en breve. Suya era la base del proyecto aprobado en el concurso celebrado el 10 de Octubre del 94; en sus manos había puesto el gobierno la dirección de los trabajos, como garantía valiosa de que serían hechos con escrupulosidad y para verificar el replanteo debía salir ayer de Madrid y llegar hoy á ésta.

Y llegará; pero ¡de cuán distinto modo! No será hoy pero será mañana. Sus amigos no bajarán á la estación para darle la bienvenida y estrecharle en sus brazos; si no á rezar ante su cadáver una oración por el descanso de su alma.

El Sr. Baldasario, que debía lle-

gar hoy lleno de vida, llegará mañana muerto. Ayer era ciencia, actividad, trabajo; hoy es un triste despojo de la muerte. Su venida era deseada por la clase obrera que esperaba en los trabajos del dique; pero su llegadase traducirá solo en lágrimas que el sentimiento arrancará á los ojos de sus amigos.

El Sr. Baldasario duerme el sueño de los justos.

Feliz él, que al bajar á la tumba, no deja tras sí impedimenta de rencores.

El escribano Canencia

(EPISODIO DE 1810)

Nadie hubiera sospechado tal cosa del Licenciado Canencia. Por el escribano mas enroscado y pica pleitos de la ciudad le teníamos todos; pero á nadie se nos había pasado por las mientes que estuviera vendido al francés.

Y de que lo estaba ni él mismo hacía misterio. Aquella oficialidad con que desde el primer momento había ofrecido sus servicios al general gobernador, que por S. M. botellesca había tomado posición de la ciudad; la jubilosa prisa puesta en aceptar el cargo, por cierto inferior á su posición social, de secretario intérprete, de aquella autoridad militar, en cuyas entendederas no podía entrar ni á tiros el castellano, decían bien claro que no sólo simpatizaba con el gobierno intruso, sino que estaba incondicionalmente dispuesto á prestarle su ayuda.

Eso sí, al generalote que, aunque tenido en las cosas de su oficio por un linde, era en las demás de la vida de lo más rudo y zafio que pudiera verse, le había cojido el pan debajo del brazo, como vulgarmente se dice, llegando en bien poco tiempo á ser su confidente, su



ojito derecho, la sola persona para quien no tenía secretos. Con lo cual Canencia se había hinchado de vanidad hasta el punto de que él, que era antes la llaneza misma, ya no se dignaba ni saludar á sus mejores amigos.

Verdad es que en este último hacía bien. El espíritu de la población no podía ser más afecto á la buena causa y bastaba que el escribano hiciera gala de su afrancesamiento para que los que no le profesaban el más irreconciliable de los odios, le miraran por lo menos con profundísimo desprecio.

Pero ¡bastante le importaba á él! En su rebajamiento tenía bastante con las distinciones de la oficialidad francesa, y con las obsequiosidades, tal vez un poco falsas, de unos cuantos malos espa-

ñoles vendidos como él á José á cambio de algunos puestos en la administración.

¿Qué más? Si hasta el que tenía el escribano por uña y carne, que era un mozalveto listo como la pólvora pero de tan torcidas y perniciosas habilidades que desde la escribanía de Canencia en que desempeñaba á medias, funciones curialescas, había pasado á la cárcel envuelto en no sé qué proceso de falsificación, del que se decía que el haber logrado desentendarse lo debía á unas altas personas que no andaban muy limpias en el negocio, le había abandonado?

II

La ciudad parecía una balsa de aceite, y sin embargo, en su fondo se agitaba y revolvió el odio al invasor.

El desamparo de guarnición en que la había dejado la Junta Central ó el poco tacto de nuestros generales, había hecho que sin intentar siquiera una inútil resistencia abriera sus puertas al enemigo; pero su hostil pasividad no impedía para que apenas hubiera vecino desde el mas alto al mas bajo que no pasara la vida soñando en que les sacara de la cautividad en que yacían, bien los ejércitos del Lordan que no se suponían lejos, bien las partidas á que había motivos para creer mas cerca todavía.

La impaciencia no obstante era tanta, que sin dnda por distraer sus ocios, acabó por no haber día en que no se promoviera un motín, que no porque el gobernador reprimiera con mano dura dejaba de repetirse.

Unas veces se tomaba por pretexto los crecidos precios que alcanzaban los artículos de primera necesidad; otras, más ó menos supuestos desastrosos y tropelías cometidas por los soldados de la guarnición, y casi todas las resistencias á las onerosas tributaciones con que se hacía imposible la vida al vecindario.

Pero cuando el descontento llegó á su colmo, fué cuando después de haber tomado cuerpo la esperanza, con las noticias que los mejor informados patriotas dejaban volar, de una sorpresa prevenida por una de las divisiones de Blake para apoderarse de la ciudad y barrer de ella á la canalla bonapartista, se vió que lo que se creía secreto para los franceses, debía ser tan conocido cuanto lo revelaba la prisa que se daba el grueso de la guarnición á salir de la ciudad para cortar el paso á los españoles.



Esto, con razón ó sin ella, se atribuyó á la astucia y previsión del malhadado escribano, que según fama, de tal suerte servía á los espías y confidentes que hubiera dado con el plan más pintado y desarrollado en el misterio.

Y era tanto el odio que se le tenía, que ya que no en evitar el descalabro de los nuestros, que ya se daba por seguro, los más levantiscos sólo pensaron

en vengarle, costárale lo que le costara, en la persona causante de él.

III

La conjuración no dio tucbo que pensar. Se trataba simplemente de colgar de un sitio cualquiera, con tal de que éste estuviera bastante alto, al escribano, para escarmiento de traidores á la patria, y los tumultuados no eran hombres que se pararan gran cosa en los medios, ni menos en las consecuencias, cuando lo que traían entre manos era un acto, según ellos, de perfecta justicia.

Canencia, aunque se pasaba el día en el antiguo Palacio Episcopal, que era la residencia del gobernador francés, se recogía todas las noches á la casita del arrabal, en que desde muy antiguo tenía su escribanía.

A su madriguera debían ir á buscarle los amotinados, y allí fueron ¡vaya si fueron!

La noche era oscura. Las calles, merced á lo escasisimo de la tropa que había quedado dentro de las murallas y al pánico que se había apoderado del paisanaje, estaban casi desiertas, con lo que los conjurados, que no pesaban de una docena, llegaron á la morada de Canencia sin despertar la menor sospecha.

El escribano que estaba sentado ante la mesa trasgando su modesta cena, no sintió el menor sobresalto al oír los ruidos golpes que á hora tan desudada se daban á su puerta.

No así una viejecilla que hacía los oficios de ama de gobierno, ni el galopin que le servía de amanuense y á quien hacía el honor de sentar á su lado.

—¡Abrid!—dijo Canencia, viendo que sus dos servidores, tamblando como azogados, ni se movían siquiera.

Y viendo que nadie le obedecía, se adelantó él mismo á tirar del cordón que abría la puerta exterior, diciendo con la más perfecta calma:

—Adelante quien sea. Y no se quede fuera ninguno, que la noche está fría.



Al oír las pisadas de la turba en los escalones la viejecilla y el marcebo bucaron instintivamente donde esconderse. Sin embargo, así como la primera se dobló su miedo, el segundo pareció más tranquilo por lo menos por lo que á su persona tocaba al ver que en vez de la ronda francesa que creía ver aparecer, se encontró con el pelotón de paisanos.

—¿Qué buscas aquí?—preguntó con naturalidad el escribano, al jefe de la turba, que era un mocetón que ejercía los oficios de matarife.

—Al afrancesado que tiene la mayor parte de la culpa de nuestras desdichas, y al que no ha de pasárselo la noche sin que vaya al infierno á recoger el premio de sus traiciones.

Tan franca carcajada lanzó el escribano que el matarife se quedó suspenso.

—Aquí no hay quien merezca la muerte, como no sean los alborotadores de oficio, capaces con sus torpezas de

comprometer la tranquilidad pública,—dijo luego poniéndose serio.

El comisario iba á replicarle, cuando un espantoso irroteo que se oía hacia la parte de la muralla, le cortó la voz.

—¿Qué es eso?—preguntaron todos con asombro.

—El fruto de mis traiciones!—contestó el escribano con aire de triunfo. Falsificando órdenes, dando consejos capciosos he dejado en el mayor desamparo la ciudad, en la que á estas horas estará ya dentro un ejército compuesto de mejores patriotas que vosotros.

Y abriendo de golpe una puerta oculta, gritó:

—¡Ahí tenéis armas, con las que si no queréis defender la buena causa podéis dar la muerte al que os ha salvado de la tiranía francesa.



Un momento después el jefe de los mal organizados paisanos, que desarmaba á los pocos soldados franceses que había en los cuarteles, era el escribano Canencia.

Cuando la bandera de Fernando VII ondeaba á las pocas horas en los sitios públicos, las turbas volvían á invadir la casa del arrabal, pero esta vez era para sacar en triunfo al que no hacía mucho estuvo á punto de pagar con la vida su patriótica astucia.

ANGEL R. CHAVES.

(Prohibida la reproducción.)

La beligerancia.

El último telegrama recibido ayer de nuestro corresponsal, indicaba que había corrientes optimistas respecto á la actitud de los Estados Unidos.

Confesamos que nos sorprendió la aspereza. Dado el camino recorrido por las cámaras americanas, respecto á la beligerancia, no comprendemos que se pueda borrar el efecto causado de otro modo que parándose en firme y entonando el *mea culpa*.

Sin dudas esas corrientes optimistas, apreciadas en Madrid, son una lamentable equivocación basada en el hecho de haberse presentado en el Senado de Washignton una proposición señalando la disconformidad de esta cámara con la de Representantes en el asunto de la beligerancia.

¿Quiere decir eso que el Senado retrocede? No, de ningún modo. Quiere decir que tiene prisa por que la beligerancia sea un hecho y no hemos de esforzarnos mucho para verlo.

Pa a que la proposición votada por el Senado sea ley ó obligue al presidente á interponer el veto, es preciso, que la hubiera votado el Congreso sin añadirle una letra ni quitarle una coma; pero son distintas en la forma, aunque iguales en el fondo y á nada obligan.

Por eso buscan ahora los senadores,